

RUSIA A LOS DOCE AÑOS

POR

JULIO ALVAREZ
DEL
VAYO



E / P A S A - C A L P E
M. A.



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Camino de Moscú

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

RUSIA A LOS
DOCE AÑOS

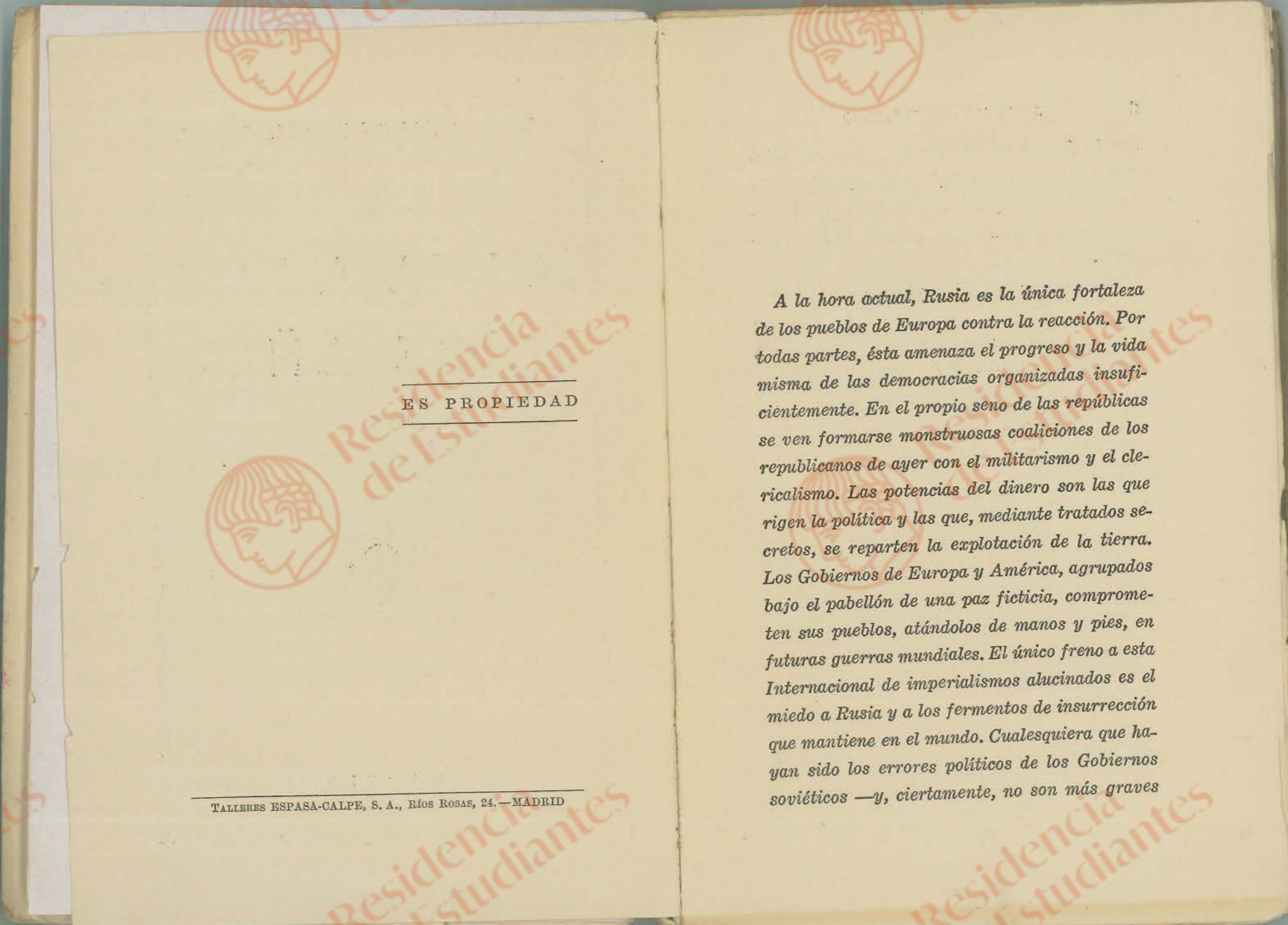
SEGUNDA EDICION

Prólogo de Romain Rolland
41 ilustraciones



MADRID
1 9 2 9

LIBRERIA RIVAS
MÁLAGA





Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



6 JULIO ALVAREZ DEL VAYO

que lo fueron antaño los de nuestra Revolución—, nuestro deber es formar un frente con la Rusia soviética contra sus enemigos, si queremos asegurar la marcha adelante de la Humanidad.

ROMAIN ROLLAND.

(De una carta publicada el 7 de noviembre de 1928,
aniversario de la Revolución.)



LA BATALLA EN EL CAMPO



I

Al cabo de un par de semanas de estar en Rusia este último otoño, comprendí que la gente se acordase de 1924 con melancolía. Cada vez que el contacto con la realidad inmediata o la conversación nos llevaba a comparar la situación actual con la que me encontré en mi visita de hace cuatro años, se producía la paradoja de que, acusando los detalles externos un avance innegable, teniese la sensación de hallarse de nuevo en un momento difícil.

El viaje había sido más cómodo. Salir el sábado por la tarde, a las seis, de Berlín y llegar el lunes, al mediodía, a Moscú, sin que el cambio de tren en Niegoreloie —frontera soviética— supusiese perder en el *confort*, significaba un progreso bien apreciable respecto a los tres días y medio *vía* Riga, que, no obstante el encanto de los trenes rusos, se hacían un poco largos. Ya en Moscú todo había mejorado sensiblemente: autobuses, tranvías, un espléndido edi-

ficio de Correos y Telégrafos que en nada tenía que envidiar a los mejores del resto de Europa; la arrogante silueta cubista del *Mosselprom* como símbolo de la fiebre constructora; semirascacielos grises, que si bien pusiesen una nota fría en el conjunto antes tan cálido de esta ciudad rica en delicados matices, reflejaban, desde luego, intensa actividad económica.

Pero de pronto el cuadro de prosperidad ascendente descubría pequeñas sombras inquietantes. Un día eran las colas de compradores delante de las tiendas; otro, el pan que desmerecía en calidad. En los hogares se oían quejas discretas. El mercado retenía al ama de la casa más de lo ordinario. Ciertos artículos comenzaban a escasear. La crisis agraria de que se venía hablando desde mediados de verano principiaba a hacerse notar.

Por lo demás, al reanudar anteriores relaciones, encontramos en nuestros amigos rusos afectos a la situación la misma franqueza de siempre. De un lado, ellos saben distinguir entre el visitante que sólo va a Rusia en avariento afán de escudriñar y descubrir dificultades del que se les acerca lleno de comprensión y de interés, con el respeto que impone la magnitud de una empresa histórica de tal naturaleza. De otra parte, el ruso le ha perdido el miedo a la palabra "crisis". Conoce su sentido pasajero. Y es natural que sea así. Quien ha sobrevivido



Arquitectura moderna en Moscú

a la revolución y a la guerra civil, al hambre y al bloqueo, no desmaya tan fácilmente. Sin afectación heroica, persuadido de que lo que le corresponde a un trabajador científico es proseguir su labor en medio de los mayores contratiempos, el gran físico profesor Lasárev me contaba los recursos de ingenio a que tenían que acudir en 1918 para defenderse en el laboratorio de una temperatura de veinte grados bajo cero. No había entonces modo de importar el instrumental necesario. Pues bien; ellos mismos se construyeron sus aparatos de precisión, que hoy son solicitados y adquiridos por los Estados Unidos, según el profesor Lasárev me dijo al visitarle en el Instituto de Física de Moscú, donde acaba de realizar estudios sobre el organismo humano de gran importancia, por lo visto, para la Medicina moderna. Gente de esta raza sabe afrontar la adversidad y llamar a las contrariedades por su nombre.

Que la capacidad de resistencia del pueblo ruso no conoce igual es ya un lugar común tan archisabido que a uno casi le salen los colores a la cara al emplearlo. Y, sin embargo, es preciso insistir en ello, especialmente ahora en que otra vez, como si las desdichadas campañas intervencionistas no hubiesen enseñado nada, se especula en ciertos sectores internacionales con las dificultades interiores de Rusia, agrandándolas y exagerándolas a ver si alguien se siente

nuevamente tentado a resucitar las "glorias" de Denikin o de Wrangel.

Bien analizada, la presente crisis agraria aparece como el resultado lógico del brusco saitido en el campo al querer forzar el paso de la economía individual a la economía colectiva. Es comprensible que el cambio no se realice sino a costa de una desarticulación temporal de las fuerzas productoras. Aunque la experiencia posterior demostrase que los *sovchos*, las explotaciones rurales soviéticas, trabajaban mejor y con más rendimiento que el *kulak*, el campesino próspero con tendencia capitalista, cuya desaparición se persigue, era de temer que mientras la substitución de un elemento por otro se llevaba a cabo el mercado de granos se resintiese.

Que así ha ocurrido nos lo prueba la última cosecha. Al principio se atribuía su escasez a lo desfavorable del clima. Es cosa sabida que en Rusia, y con una periodicidad fatal, a unos años de buena cosecha sigue de repente otro malo. Pero en esta ocasión las condiciones climatológicas no justificaban por sí solas el mediocre resultado obtenido. Más bien había actuado de nuevo esa resistencia pasiva del campesino, que en cuanto siente apretarse el dogal alrededor de su cuello comienza a desinteresarse en la producción y reduce el esfuerzo de labor al mínimo preciso para atender a la propia manutención.

El campesino había hallado en 1926 y 1927 dos años de respiro. Bajo la impresión del descontento existente en el campo y que en 1925 se exteriorizó de manera alarmante en la rebelión de Georgia, los hombres directores del partido, y para hablar más en singular y con mayor exactitud Stalin, se hicieron a la idea de que por un cierto período cabía reconciliar la política socialista en la industria con una mayor tolerancia de la iniciativa privada en el campo. No es que se perdiese de vista el ideal colectivista. Fomento de las cooperativas, ayuda a los campesinos pobres, apoyo a las diversas formas de explotación comunal, alianza más estrecha del campesino pobre y del campesino medio —*Seredniaki*— con el proletariado de las ciudades, continúan siendo durante esos dos años las directivas generales que inspiran la propaganda. Pero se da tiempo al tiempo. La *Nep* es interpretada por el grupo político dominante en su más amplio sentido de movimiento estratégico, que permite retroceder cuando hace falta, regresar luego las fuerzas socialistas y recomenzar más tarde la contraofensiva. Así la había definido Lenin y en ello se apoya Stalin en el XIV. Congreso del partido (1926) para destruir los argumentos de la oposición, que sostén que en el retroceso se iba demasiado lejos. "Se ha introducido la *Nep* —decía entonces Stalin— sabiendo que representa un cierto restableci-



miento del capitalismo y, por consecuencia, la reaparición del *kulak*, y apenas se divisa el *kulak* un pánico loco se apodera de nuestros camaradas."

Tal tono realista parecía responder a las exigencias de la hora. Ni la situación exterior —después del curso que tomaron los acontecimientos en China y de la ruptura con Inglaterra— ni la de la industria, que, no obstante el gran impulso que se la había dado, con frutos positivos en muchas direcciones, sufría siempre de la penuria de capitales, aconsejaban una política de mano dura en el campo, susceptible de colocar al Gobierno en un callejón sin salida.

De las dos "desviaciones" —para emplear la fraseología del partido—, consistentes en exagerar el peligro *kulak* o en no prestarle la atención debida, el XIV Congreso condenó, sobre todo, la primera.

Al año siguiente el tono del grupo director variaba considerablemente. Por encima de los reproches a los *díscolos*, que habían instalado sus imprentas clandestinas propias y organizando demostraciones en las calles, y de la condenación rotunda de la táctica fraccional, acompañada de expulsiones y de destierros en masa —recuérdese, sin embargo, que en la otra gran Revolución, en la francesa, los núcleos antagónicos eran eliminados por la guillotina, de modo que cabe constatar una diferencia de procedi-



miento significativa del mayor instinto de conservación de la Revolución rusa—, el lenguaje que hablan ahora la mayoría del partido y la oposición se parece ya más. Es decir, la mayoría ha aceptado en parte el criterio de la oposición tal como se definió en el XIV Congreso. Resulta sumamente interesante cotejar los protocolos taquigráficos de ambos Congresos y comparar los argumentos expuestos en 1926 por Kamenev y Sokolnikov, como representantes de la oposición, con las razones aducidas en diciembre de 1927 por Stalin y Molotov para orientar al partido hacia la nueva política agraria.

"En el campo —dice ahora Stalin, XV Congreso— nos encontramos con un crecimiento demasiado lento de la producción. La producción agrícola, diseminada y dispersa, no goza de las ventajas de nuestra gran industria nacionalizada, en la que es posible la racionalización y la concentración. La agricultura queda así a merced del *kulak*. ¿Dónde está la salida? En el paso de las pequeñas y dispersas explotaciones agrarias a grandes explotaciones organizadas sobre el principio del trabajo colectivo de la tierra." Y Molotov: "Ayudamos al campesino pobre y al medio, combatiendo individualmente a los elementos capitalistas de la aldea, mediante impuestos progresivos, condiciones duras de arrendamiento, etc.; pero la superioridad económica de estas explotaciones individuales mayo-



16

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

res sobre las más pequeñas no la hemos logrado destruir."

Un círculo vicioso en tanto que se consienta la economía individual en el campo. Pues si se quiere que la producción aumente, el aumento se verifica a expensas de un enriquecimiento del *kulak*, de una mayor influencia —política y económica— del *kulak* en las aldeas. Y si se persigue al *kulak* sin substituir su fuerza productora por algo más eficaz que el campesino pobre, que lo único que le cuesta al Estado es dinero, la producción decrece. Salida al círculo vicioso: independizarse del campesino, socializar el campo como se ha socializado la industria.

Hablando en Moscú con las gentes más especializadas en el problema, saqué la impresión de que en la nueva batida contra el *kulak* las consideraciones de orden político se mezclaban con las de orden económico. No sólo se va contra él porque su mera existencia de campesino que crece y prospera a través de la economía individual es un reto a las ideas comunistas y una ofensa al sentimiento de clase, sino porque sus intereses están en pugna con los del Estado, y el Estado siente cada vez más que hasta que no se independice del campesino todo su plan económico, el de exportaciones e importaciones, el del desarrollo industrial está comprometido y amenazado de antemano, sea la cosecha buena o mala.



RUSIA A LOS DOCE AÑOS

17

"El plan económico general y la necesidad de atender a la nutrición de las grandes ciudades, donde reside el proletariado industrial, principal sostén del régimen soviético y del ejército rojo —me decía ese técnico agrario a que me refiero—, exige que podamos disponer de la cosecha sin preocupación de un *sabotage* de parte del campesino. El campesino es egoísta y no percibe sino su propio interés. Cuando no se le paga el precio que quiere o cuando escasean los artículos manufacturados que él desea comprar deja de sembrar, limita su actividad al mínimo indispensable para comer. No se da cuenta de que nuestra industria se halla todavía en sus comienzos. ¿Que no podéis fabricar artículos más baratos? —dice el campesino—. Pues comprarlos fuera de Rusia." No ve, o le es indiferente, que en cuanto renunciásemos a crear una industria propia y aunque sea a costa de privaciones y sacrificios, nos encontraríamos entregados de pies y manos al mundo capitalista. Y como el régimen soviético no puede esperar un cuarto de siglo a que el campesino, remozado por las nuevas generaciones, cambie de ideología, vamos a obligarle a entrar por el aro, llevando francamente el colectivismo al campo y acabando con él como campesino independiente."

Que la cosa no es tan sencilla como pensaba mi amigo lo está diciendo la actual situación.

RUSIA A LOS DOCE AÑOS.

2



Bien es verdad que un año solo apenas puede contar en este gran experimento emprendido ahora, el más grande y el de mayor trascendencia entre todos los abordados hasta aquí por la revolución rusa.

II

En la práctica, la lucha contra el *kulak* tropieza con estos dos inconvenientes: la imposibilidad casi de alcanzarle a él únicamente, sin herir de rechazo a otros sectores cercanos de la población campesina cuya colaboración se desea, y la dificultad de substituir rápidamente su capacidad productora por la de los nuevos organismos de tipo colectivista, sin que entre tanto se origine una grave crisis de víveres.

Poder batirlo en regla y con éxito exigiría, a nuestro entender, una idea clara y terminante acerca de la personalidad e importancia del enemigo. Quizá nuestro conocimiento tan superficial e imperfecto del problema es culpable de que no hayamos logrado formarnosla hasta ahora. Pero cuando uno acude a las fuentes más autorizadas se encuentra con la misma disparidad desconcertante en las apreciaciones y los juicios.

Ofrece un ejemplo reciente la encuesta abierta por *Pravda* entre los Comités locales del